

XXII Domingo Ordinario – 29 de agosto
2021 Our Lady of Perpetual Help

Primera lectura: Jos 24, 1-2a. 15-17. 18b

En aquellos días, Josué convocó en Siquem a todas las tribus de Israel y reunió a los ancianos, a los jueces, a los jefes y a los escribas. Cuando todos estuvieron en presencia del Señor, Josué le dijo al pueblo: "Si no les agrada servir al Señor, digan aquí y ahora a quién quieren servir: ¿a los dioses a los que sirvieron sus antepasados al otro lado del río Eufrates, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país ustedes habitan? En cuanto a mí toca, mi familia y yo serviremos al Señor".

El pueblo respondió: "Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses, porque el Señor es nuestro Dios; él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto, el que hizo ante nosotros grandes prodigios, nos protegió por todo el camino que recorrimos y en los pueblos por donde pasamos. Así pues, también nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios".

Salmo 33, 2-3. 16-17. 18-19. 20-21. 22-23

R. (9a) Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas, no cesará mi boca de alabar lo. Yo me siento orgulloso del Señor, que se alegre su pueblo al escucharlo.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Los ojos del Señor cuidan al justo, y a su clamor están atentos sus oídos. Contra el malvado, en cambio, está el Señor, para borrar de la tierra su recuerdo.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Escucha el Señor al hombre justo y lo libra de todos sus congojas. El Señor no está lejos de sus fieles y levanta a las almas abatidas.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Muchas tribulaciones pasa el justo, para de todos ellas Dios lo libra. por los huesos del justo vela Dios, sin dejar que ninguno se le quiebre.

Salva el Señor la vida de sus siervos; No morirán quienes en él esperan.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Segunda Lectura: Ef 5, 21-32

Hermanos: Respétense unos a otros, por reverencia a Cristo: que las mujeres respeten a sus maridos, como si se tratara del Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Por lo tanto, así como la Iglesia es dócil a Cristo, así también las mujeres sean dóciles a sus maridos en todo.

Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola con el agua y la palabra, pues él quería presentársela a sí mismo toda resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada.

Así los maridos deben amar a sus esposas, como cuerpos suyos que son. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nadie jamás ha odiado a su propio cuerpo, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola cosa. Éste es un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

Evangelio: Jn 6, 55. 60-69

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida". Al oír sus palabras, muchos discípulos de Jesús dijeron: "Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?"

Dándose cuenta Jesús de que sus discípulos murmuraban, les dijo: "¿Esto los escandaliza? ¿Qué sería si vieran al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da la vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida, y a pesar de esto, algunos de ustedes no creen". (En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo habría de traicionar). Después añadió: "Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede".

Desde entonces, muchos de sus discípulos se echaron para atrás y ya no querían andar con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: "¿También ustedes quieren dejarme?" Simón Pedro le respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios".

XXII Domingo Ordinario – 29 de agosto
2021 Our Lady of Perpetual Help

INVITACIÓN A LA ORACIÓN

En El Grupo dedica unos minutos para profundizar en silencio y conscientemente entra en la presencia de Dios.

PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO

Al escuchar el evangelio noten de cualquier palabra, frase, pregunta, imagen, o sentimiento que les llame la atención. Reflexionen sobre ésta en silencio o comparten lo reflexionado en voz alta.

INVITACIÓN A LA REFLEXIÓN EN EL EVANGELIO

Tomar decisiones es difícil, tan difícil que los anaqueles de las librerías están repletos de obras sobre administración en los que se ofrecen mecanismos para tomar decisiones de una manera oportuna. Hay personas que se han forjado toda una carrera ayudando a los demás a avanzar a través del proceso de tomar decisiones. Aunque, con toda esta ayuda, cuando llega el momento de tomar decisiones espirituales de una magnitud que moldean nuestra vida, encontramos que en realidad se ha escrito muy poco sobre el tema, con la excepción de mecanismos seculares que han sido replanteados espiritualmente. Tal vez esto sea así porque las decisiones que nos cambian la vida son más del corazón que de la mente. Después de todo, qué sensato es, desde el punto de vista humano, tomar la decisión de seguir a Jesús si eso va a requerir que demos nuestra vida? Y ya sea que seamos llamados a ser mártires o no, Jesús no pide nada menos que nuestra vida.

El 17 de julio de 1794, a dieciséis inocentes monjas Carmelitas se les pidió que tomaran precisamente una decisión semejante. Habiendo recibido instrucciones de parte de los terroristas que representaban el Reino del Terror de la Revolución Francesa, de que abandonaran su hábito religioso y su vocación, ellas rehusaron y decidieron seguir a su Señor. Como resultado de su renuencia a abandonar su fe y a negar a su Señor, las monjas fueron declaradas enemigas de la sociedad, arrestadas, juzgadas y sentenciadas a la guillotina para ser sacrificadas en aras de la corrección política. En los relatos se indica que ellas fueron a su muerte entonando el Salmo 117, “¡Alaben al Señor en todas las naciones! Pues su amor hacia nosotros es muy grande y la lealtad del Señor es para siempre. ¡Alabemos al Señor!” Ellas no tomaron una decisión de improviso, sino que fue la manifestación externa natural, mejor dicho sobrenatural, de una decisión que habían tomado anteriormente en su vida de entregarse en alma y cuerpo a Jesús.

En el Evangelio de esta semana, los discípulos le hacen frente a una decisión semejante. Como hemos visto en las últimas dos semanas, Jesús puso a sus seguidores frente a solo dos alternativas: ya sea que él es Emanuel, el Dios que vive entre ellos, o no es; ya sea que él es el único medio de salvación, o no es; ya sea que creen en él y lo reciben, demostrándolo cuando reciben su cuerpo y su sangre, o lo rechazan totalmente. Jesús no les ofreció una tercera opción; era o no era. No se engañen, la gente sabía que aceptar a Jesús de esa manera significaba que tendrían que apartarse totalmente de la norma religiosa, lo cual para muchos resultaría en ostracismo, persecución y martirio. Aunque en esta época vivimos en un país donde las consecuencias de optar por ser seguidor de Cristo son menos graves para la mayoría de nosotros, la decisión no deja de ser difícil. No tenemos la tercera alternativa de optar simplemente por ser personas moralmente sanas y religiosas. La decisión que nos llama Cristo a tomar es aun así de identificación total con él y de entregarnos a él como nuestro único Dios, nuestro único medio de salvación a nuestra única fuente de vida. Se trata de una decisión que no tiene que ver simplemente con ideas, sino con concretar estas verdades en el transcurso de una vida de sacrificio.

Insensatamente, algunos han decidido posponer la toma de esta decisión necesaria, pensando que lo harían más adelante en su vida. Mientras tanto, planean actuar como si fueran su propio dios, como si

XXII Domingo Ordinario – 29 de agosto **2021 Our Lady of Perpetual Help**

controlaran su propia vida y pudieran vivir como se les antojara. El obispo Sheen nos ha relatado acerca de una persona así, que vivía como le daba la gana, alegaba que en su lecho de muerte gritaría tres palabras mágicas: “¡Señor, ten piedad!” y al final sería salvada. Bueno, la persona sí llegó a gritar, pero las palabras eran diferentes a las que había supuesto, porque cuando el caballo que montaba la arrojó por un barranco hacia su muerte, se oyó el grito: “¡Que me lleve el diablo!”.¹ Esta es la hora de la decisión, como dijo Josué: “Elige este día a quién servir”.

“La conversión se expresa, desde el principio, con una fe total y radical, que no pone límites ni obstáculos al don de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, determina un proceso dinámico y permanente que dura toda la existencia, exigiendo un esfuerzo continuo por pasar de la vida ‘según la carne’ a la ‘vida según el Espíritu’ (cf. Rom 8, 3-13). La conversión significa aceptar, con decisión personal, la soberanía de Cristo y hacerse discípulos suyos.”²

1 Sheen, Fulton J., Obispo, On Being Human, pp. 234

2 Papa Juan Pablo II, Misión del Redentor, pp. 46

Para consultar en la Biblia los textos correspondientes a las lecturas de este domingo:

1. Diríjase por Internet al siguiente enlace: Error! Hyperlink reference not valid.
2. A la derecha de la pantalla aparece el calendario. Seleccione la fecha de la lectura que usted desea consultar.
3. Cuando las lecturas aparezcan en inglés, haga clic en la parte superior, donde dice EN ESPAÑOL. Así tendrá acceso a las lecturas traducidas al español.

INVITACIÓN A COMPARTIR EN GRUPO

Primera lectura

1. ¿Qué piensa usted con respecto al desafío que presentó Josué?

Lecutra del Salmo Responsorial

2. ¿Qué nos enseña este pasaje acerca de los esposos con respecto a nuestra relación con Cristo?

Lectura del Evangelio

3. ¿A qué se refiere “este lenguaje es muy duro”?
4. ¿Qué razones conoce usted que podrían ocasionar que una persona se echara atrás y dejara de seguir a Cristo?
5. ¿Cómo describiría usted esa lucha?

INVITACIÓN PARA ACTUAR

Determina una acción específica (individual o en grupo) que provenga del intercambio en el grupo. Cuando escojas una acción individual, determina que harás y compártelo con el grupo. Cuando escojas una acción en grupo, determina quién tomará responsabilidad para diferentes aspectos de la acción. Éstas deberían de ser tus primeras consideraciones.

CIERRE: INVITACIÓN A ORAR

Da gracias a Dios (en voz alta o en silencio) por los nuevos conocimientos, por los deseos despertados, por instrucciones aclaradas, por el don de la sinceridad y sensibilidad de los unos a los otros. Termina con un oración final.